

.....
5-9-2007
.....

El aspersor me miraba fijamente, pero de reojo. Sí, se puede mirar así y él lo estaba haciendo. Casi podía adivinársele una boca de sonrisa cruel bajo el orificio por el cual expulsaría sus gusanos acuáticos. El césped, seco, esperaba su ración diaria de humedad, como un par de amigas que tengo cuando salen el fin de semana.

Sabía que el aparatito empezaría a expulsar agua a diestro y siniestro y «caroliestro», o sea, en mi dirección. Había demasiada gente en el paso de cebra, listos para entrar en la boca de metro de enfrente, y yo no podía apartarme sin parecer algo loca, dando pasitos a un lado como si huiera de un acosador invisible. Pero el aspersor amenazaba con acosarme a base de bien. ¿Prefería pasar por loca o acabar empapada? Tenía unos segundos para decidirme. Noté que una señora de unos cincuenta y tantos, bien vestida, aferrada a su bolso como solo puede hacerse pasados los 50, también miraba de reojo al aspersor, el cual llevaba silbando unos segundos, amenazando con imitar a todos sus compañeros de césped, que ya habían iniciado su canción maquinal, matinal. Otro chaval, con cascos a través de los cuales oíamos claramente la música que escucha-

ba —no tan dura como su aspecto podría hacer pensar—, al notar inquietud a su alrededor, empezó a mirar hacia ambos lados, buscando al carterista (presunto, siempre presunto) que provocaba movimientos leves e indecisos a su alrededor. Un hombre mayor, mayor a base de bien, que seguramente se dirigía a aquella hora tan temprana a recoger a algún nieto soñoliento que sus industriosos padres le encargaban de llevar a la guardería mientras ellos engullían un mal desayuno subterráneo, ese anciano, como decía, también notó el suspiro previo a la catástrofe del aspersor, pero como ciertas edades dan bula para comportarse como un loco, optó por irse murmurando, a saber qué, hacia la primera fila de gente dispuesta a cruzar el paso de cebra.

He preferido empezar así este diario porque me parecía una anécdota que describe a la perfección mi forma de estar en el mundo. Indecisa, insegura, inquieta. Cuando entré en la adolescencia pensaba que se me pasaría con el pavo, pero no. Tengo que dar gracias de que al menos los granos sí se fueron.

Así que hola, diario.

Unos amigos de la Facultad me han recomendado que, ahora que me he quedado en paro, empiece a escribir aquí para desahogarme y verter mis dudas, mis experiencias... Aunque experiencias pocas, porque mi situación actual se define rápidamente: acabo de terminar la carrera y sé de dónde venimos pero no tengo ni idea de hacia dónde vamos.

Estrictamente, estudié para luego poder trabajar en lo que me gusta. ¿En qué me gustaría trabajar? ¿No he estudiado por simple vocación? ¿No he estado cinco años con sus días y sus noches y fines de semana metida en una facultad con la esperanza de que me enseñasen a pensar? ¿No he aprendido a pensar? ¿Es que no sabía pensar por mí misma antes?

Este tipo de preguntas son las que me agotan a diario

.....

y las que fríen a mis amigos, de manera que me dieron la magnífica idea de contarlos todo en un diario para dejar de darles discursos.

Ayer me dieron la nota de mi último examen de la carrera: un notable. Ayer me despedí (despidieron/fin de contrato/beca/adiós/que te vaya bonito) del lugar en el que he estado trabajando en el último año con el disfraz de prácticas de periodismo.

Ayer, como diría un tonto solemne, empezó mi vida adulta, que no está mal para haber cumplido ya los 24. Teniendo en cuenta que a esa edad antes ya podías llevar diez años casada...

Ayer no sabía si llorar, reír o suplicar que me dejaran volver a la Universidad, aun a costa de soportar a la gran cantidad de pijos con el flequillo sobre la cara que están invadiéndola. Es preocupante. Vuelvo a dispersarme. Y mira que el último examen que suspendí fue precisamente por eso...

Fíjate, todas las circunstancias de una persona, todo lo que la define, apenas ocupa un par de líneas cuando una se pone a resumirlo.

Pero quizá en la anterior definición de mí misma he olvidado recalcar dos datos: soy periodista y estoy en paro. Ahora sí que ha quedado claro.

Con tanta hoja en blanco en mis manos (es un decir) debo confesar que siento un ligero pánico. Mi cabeza empieza a dar vueltas... ¿qué puedo escribir? ¿De qué voy a hablar? Entonces recuerdo que este diario no lo va a leer nadie, así que... ¡qué más da!

Lo que me pasa en realidad es que nunca he escrito un diario. ¡En serio! Reconozco que a los 12 años empecé a escribir uno, pero solo porque mi mejor amiga también lo hacía y en clase estaba de moda tener uno. El mío, en concreto, era uno de los miles que les regalan a las chicas en la comunión, con pastas ligeramente nacaradas (el nácar me da dentera), un ángel pintado con cierto relieve y un

.....

peinado *pijototal*, que sostenía (el ángel, no el peinado) un diario idéntico al mío entre sus manos con ademán de estar leyendo y con expresión de interés morboso. Se formaba así un triángulo *diarético* que, si lo piensas seriamente, tiene algo de *kafkiano*. Porque ¿qué hace un ángel leyendo mi diario? ¿Es algún tipo de vigilancia divina? O incluso si él tuviera uno distinto al mío, ¿qué puede escribir en un diario? ¿Tan interesante es la vida angelical?

Da igual, el caso es que aquel librito tenía, para más guasa, los filos de las hojas doradas con un «Mi querido Diario» grabado a modo de amenaza en la tapa. Pero claro, eran casi los años 90, así que eso lo justifica (casi) todo.

Vaya, he vuelto a perder el hilo.

El caso es que escribía aquel diario casi diariamente con mi caligrafía de antaño, que era redondita, rechoncha y apretando mucho el boli contra el papel, una forma de escritura que todos compartíamos en el colegio.

Imposible hablar de la caligrafía escolar sin recordar los puntos sobre las íes, que no eran tales sino círculos muy grandes. Un signo de madurez para algunos de mis compañeros consistía en cambiar el redondel por un puntito casi diminuto y mucho más *chic* cuando pasabas a sexto. Para este diario, sin embargo, utilizo la caligrafía que yo quiera, porque es un diario informático.

Podría escribir a mano, pero cada vez me cuesta más y mi caligrafía es malísima después de ocho horas diarias durante cinco años tomando notas como una histérica, inventando abreviaturas de palabras que nadie supondría que se pueden abreviar y descubriendo que me pueden salir bultitos en los dedos pese a tenerlos tan pequeños. Ahora que lo pienso, podría demandar a la Facultad por haberme arruinado una de mis posibles salidas profesionales, la de modelo de manos, porque me han quedado maltrechas e inútiles para cualquier cosa que no sea apretar teclas.

Retornemos, como los envases, al diario de mi preado-

.....

lescencia. Estaba encabezado, cómo no, con un «Querido diario y querida Patri». Patri, diminutivo de Patricia, claro está, era el nombre de mi mejor amiga del cole. Patricia, junto a Marta y Laura, era uno de los nombres más de moda en el colegio. En todas las clases había más de una, y en la mía había cuatro de cada nombre. Como es lógico, había que diferenciarlas, lo que en manos de niños/preadolescentes/adolescentes/monstruos podía transformarse en un peculiar método de tortura. Véase: las patricias eran Patricia Sánchez (mi amiguita), Patricia Cartero, Patricia Rebollo y Patricia Minerva. Llamarlas a todas «Patri» o «Patricia» era imposible, y optar por los apellidos demasiado aburrido. Por tanto, se optó por algo mucho mejor: estaba Patricia la flaca (Minerva), la gorda (Rebollo), la guapa (Cartero) y... Patricia Sánchez, que era una forma muy sibilina de llamarla fea sin decirselo. ¿Qué? ¿Era o no era cruel? Sí, Patricia Sánchez (desde ahora, Patri) era fea, pero mejor amiga que todas las altas, bajas, guapas y feas juntas. En el colegio estaba muy acomplejada, pero por fortuna aquello nunca la empujó a ver todas las películas estadounidenses de patitos feos y cosas de esas. Patricia se empeñó en no cambiar nada de su aspecto pero el crecimiento lo hizo por ella, aunque a día de hoy sigue siendo Patricia Sánchez para los monstruos y Patri para mí.

Ella también tenía un diario que encabezaba con mi nombre: «Querido diario, querida Carol».

He rescatado el diario del *cajón ese de porquería* (frase autoría de mi madre) y lo he abierto por una página al azar. Vamos a leer lo que decía:

«Hoy el día ha sido un rollo»

Es una forma muy impactante de comenzar, ¿qué pasa?

«Ha venido el profe de Mates, jo, cada día está mas bueno, tía, yo creo que me he puesto roja al verle. Otra vez».

Al menos dominaba las pausas dramáticas: «... Otra vez».

Además, según recuerdo, el tío estaba bueno, y por

.....

aquel entonces, ahora que lo pienso, es cuando empezamos a llamarnos unas a otras «tía». Gran palabra que ahorra muchos espacios en blanco en las conversaciones. Sigamos.

«Mi casa es un asco, no consigo hablar más de dos frases seguidas con mis padres. Son un coñazo, Patri. En cuanto cumpla los 16 me voy de casa, aprovechando que ya puedo ir a discotecas y eso».

Ajá. He aquí otro claro ejemplo de inteligencia adolescente, dos conceptos antónimos. Es que cuando a los 12 años te pones en plan trascendente, te sale una vena dramática y práctica a la vez digna del mejor culebrón venezolano.

Lo de llevarse mal con los padres, sinceramente... era la edad y mi imaginación, que veía conspiraciones universales en todos lados.

Sobre lo de independizarse a los 16, creo que era una mala idea. Mala, mala, mala. Tanto, que tengo 24 añitos y sigo viviendo bajo el techo hipotecado de papi y mami. Y lo que me queda. Todo un lujo, teniendo en cuenta que, por habitación propia y pensión completa (como vocifera mi madre cuando estoy dos días sin comer en casa) no pago más que con paciencia. Un tesoro, vamos. Me gustaría subrayar, además, la claridad de ideas que adornaba mi cabeza: *«en cuanto cumpla los 16 me voy de casa, aprovechando que ya puedo ir a discotecas y eso».* Pero...

a) ¿Qué tiene que ver cumplir 16 años con irte de casa? ¿No es a los 18 cuando puedes hacerlo sin problemas? A día de hoy sigo sin tenerlo claro.

b) ¿Qué tiene que ver ir a discotecas con independizarse? ¡Pero si empecé a colarme con 13 añitos en las discotecas, pubs, disco-pubs y antros de babas y hormonas! Eso sí, todo el grupo formábamos una comitiva que iba detrás de la más tetona, quien siempre entraba la primera, por aquello de aprovechar el impacto visual inicial.

Sigo transcribiendo una de las páginas de mi primera obra maestra:

.....

«Esta tarde he ido a comprar lo de mañana de clase y he visto de lejos a GI (¡qué guapo!), creo que él me ha visto pero se ha hecho el interesante. ¿O pasa de mí? Yo creo que no, porque en la última excursión se sentó justo detrás de mí en el autobús y eso seguro que es por algo. O eso dijiste tú. No sé, Patri, tía. Te dejo que he quedado contigo en 5 minutos.»

Lo siento, no sé qué me pasaba por la cabeza en aquel entonces. Qué horror, qué sonrojo, qué desastre, chica. Ríete tú de los talentos precoces. Escribir este diario puede haber sido una mala idea, pero empezar a leer el otro... En fin, continuaré con mi auto-comentario de texto. En esta ocasión pasamos al tema estrella de la adolescencia: los chicos. Lo mejor es que sigue siendo el tema estrella de la juventud y en muchos casos de la madurez y, además, casi, casi con los mismos problemas de entonces, solo que ahora son algo más subidos de tono. A veces, porque te sorprendería saber cuánto papanata había en la Facultad de Periodismo.

El tal GI, que eran sus iniciales en clave, en la vida real se llamaba Pedro Gómez, pero había razones para no llamarle así ni tampoco PG:

- Los nombres importantes, CUALQUIERA SABE ESTO, van en clave, porque para eso son importantes. Que yo relatara todo sobre el individuo en cuestión de forma que cualquiera que le conociese supiera de quién hablaba era lo de menos. Había que darle un halo de misticismo que, claro está, no se conseguía llamándole simplemente Pedro.

- No había que descartar la posibilidad de que un día GI subiese a mi casa y se quedara solo el tiempo suficiente para encontrar, con una linterna y mala leche, el diario en cuestión, que estaba escondido entre el somier y el colchón. Después debía arrancarme sin que me diera cuenta una de las llaves del diario, que colgaba de una cinta a mi cuello, o debía saber que la otra estaba perfectamente camuflada al final del cajón de mis bragas. ¡La posibilidad existía, de verdad!

.....

- La última razón es que, lo reconozco, me daba mucho corte escribir el nombre de aquel chico. Ahora trabaja de no sé qué y gana mucha pasta, con una de esas novias perennes con las que parece llevar toda la vida, tiene cara de autosuficiencia y me mira con lástima cada vez que me cruzo con él. Tuve suerte que aquel día, en la excursión del bus, se sentara detrás y no a mi lado. ¡Quién sabe si ahora yo no sería su novia perenne! Bah, no nos engañemos, yo no le hubiera aguantado tanto tiempo.

Después de despacharme conmigo misma (es un saludable ejercicio, más de uno debería probarlo), espero que mi nueva experiencia *diarética* se me dé mejor, aunque ahora se me ha hecho algo tarde. La vida de desempleada es difícil, ¿eh? Aunque no lo parezca. Tengo que dejar de escribir porque he quedado con unos amigos para ir a tomar algo y luego... dormiré hasta las tantas. A todo hay que encontrarle algo bueno.

—Carol, hija, ¿por qué has echado a lavar toda la ropa que te has puesto esta mañana? ¡Además está empapada! ¿Se puede saber qué has hecho?

—Nada, mamá, el aspersor cumplió con su trabajo.

.....